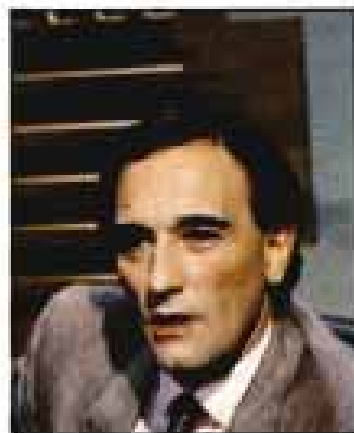


EQUIDISTANCIA

En perfecta equidistancia entre el principio y el fin de la carretera el viejo poeta se quita la dentadura y recita con la nariz hundida en el sexo de su joven compañera: «El árbol medita sobre sus raíces. La piedra calla. El viento clama por los muertos y las chicas. El agua electrifica las cunetas. El asfalto contiene la respiración al paso de los camiones. Un poco de salsa. Un poco de chocolate. Un moco colgando. Un poco de sangre para lavarnos la boca».

«Mañana todo puede ser transparente», se dice ella. Avanza tres pasos muy medidos y se arroja al tráfico rodado. Por la autopista camiones descomunales pisan pan recién salido del horno que ella preparó con ese propósito.



FERNANDO
G. TOLA

Buscan ambos al sepulturero de las rosas negras: lleva medias de encaje con ligero festoneado de terciopelo negro y sombrero de fieltro marrón y braga reversible. «Lo peor es cuando se ríe», dice el viejo poeta desdentado.

Le han visto. Está en el interior de un coche oscuro aparcado junto al peaje. Tened cuidado.

Wilfred J. Oboe quería una moto. Quería correr a doscientos ocho kilómetros por hora. Quería escapar. Le dio una última calada al cigarrillo y tiró la colilla lejos de sí. Seguro de lo que hacía cruzó la carretera y montó la Kawasaki y antes de que pudiera ponerla en marcha el encargado de la gasolinera le partió la cabeza con una barra de metal. Tuvo tiempo, antes de morir, para siempre, de recordar que olvidó ponerse el casco.

El viejo poeta se quita la dentadura y dice con la nariz metida en el sexo de su joven compañera: «Hace cincuenta y tres años, tal día como hoy, 1944. Frente oriental. Tanatos vende la guadaña y compra una cosechadora Krup modelo panzer. Y se echa a la carretera».

- Contesta la niña: «Sería mejor que la próxima vez que nos volvamos a ver mires para otro lado. Es una amenaza que pienso cumplir: estoy harta de verte en mi cama, en mi baño, en mi espejo, sin saber siquiera cómo te llamas».

El viejo poeta pone en marcha su camioneta: «Exijamos que amanezca de una vez. En caso contrario amenazamos con soplar la brasa del romanticismo aun a riesgo de provocar un incendio».

Amanece.

En perfecta equidistancia entre el principio y el fin de la carretera escocho las aspas del helicóptero que viene a rescatarme del atasco.